

BESTIARIOS DEL NUEVO MUNDO: MARAVILLAS DE DIOS O ENGENDROS DEL DEMONIO

María José RODILLA LEÓN

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. México

BIBLID [0213-2370 (2007) 23-1; 195-205]

Los bestiarios del Nuevo Mundo forman parte de lo maravilloso medieval que los conquistadores, cronistas, misioneros y viajeros aprendieron de las autoridades clásicas y medievales y nos legaron en sus crónicas, relaciones, relatos de viajes y expediciones. Gonzalo Fernández de Oviedo, Pedro Cieza de León y Pedro Ordóñez de Ceballos se presentan en este artículo con sus apreciaciones de los animales de las nuevas tierras, que oscilan entre criaturas con cualidades maravillosas, poderes curativos..., y útiles como alimentos y vestimenta, pero también pueden ser monstruos, ídolos y engendros diabólicos.

New World's bestiaries belong to the Medieval category of the wonderful, which conquistadores, chroniclers, missionaries and travelers learned from Classical and Medieval authorities. This category was then transmitted through their chronicles, relations, travel narratives and accounts of expeditions. Gonzalo Fernández de Oviedo, Pedro Cieza de León and Pedro Ordóñez de Ceballos are presented in this article as well as their appreciations about the animals found in the new lands, some of which are creatures with wonderful qualities, healing powers, and a potential to be used for food or dress, just as others can be monsters, idols or diabolical misfits.

EL ESPEJISMO DE AMÉRICA EMPIEZA en los *Diarios* de Colón o en sus *Cartas de Navegación*, herederas ambas obras de los viajeros medievales. Colón pensó que en el delta del Orinoco estaba el paraíso terrenal y encontró una de las islas fabulosas de las que se hablaba en su tiempo, la Antilla, prototipo del paraíso, que se hacía invisible a los navegantes y aparecía en cartas de marear medievales al oeste de las Canarias y de las Azores, y cuyo recuerdo se perpetuó en el Caribe. Durante los siglos siguientes, de acuerdo con Weckmann, los españoles buscaron en el Nuevo Mundo la “confirmación de la existencia de lo maravilloso” (28) que habían aprendido y leído en las autoridades antiguas y medievales. Querían encontrar seres imaginarios como amazonas y gigantes, sirenas y grifos; el padre Tello afirmaba que en Tlala había veintisiete gigantes con tres mujeres que para su dieta requerían de cuatro niños asados y una fanega de maíz diariamente. Estas historias formaban parte de la mentalidad de los conquistadores y misioneros que alguna vez leyeron, en Juan de Mandavila, sobre animales monstruosos y hombres con cola o con cabeza de perro, los cinocéfalos, que quedaron esculpidos en la fuente del convento franciscano de Tepeaca; en las selvas amazónicas busca-





ban a los de un solo pie, tan grande que les servía de sombrilla, y fray Marcos de Niza creyó ver rebaños de unicornios en Nuevo México. Los confines de la Nueva España, las penínsulas de Yucatán y Baja California albergaron también gigantes y sirenas, según algunos testimonios, e incluso al hombre salvaje de la imaginería medieval, de quien se decía que era un guardián de un palacio de Mérida, y que quedó esculpido en los capiteles de la fachada de la Casa de los Montejo, construida antes de 1559 (Weckmann).

Todos estos ejemplos que conforman lo maravilloso medieval, que los conquistadores, cronistas y misioneros aprendieron de las autoridades clásicas y medievales, se encuentran dispersos en crónicas, relaciones y relatos de expediciones, de los cuales pretendo rescatar una mínima parte, los bestiarios del Nuevo Mundo.

Por otro lado, no debemos olvidar la Biblia como fuente primordial para dar una explicación a la existencia de los animales de las nuevas tierras y a su origen. Es inevitable para nuestros cronistas acudir al Génesis, al diluvio y a la propagación de los animales por todos los confines según el episodio del arca de Noé. Para Fernández de Oviedo no sólo los animales sino también los habitantes de estas latitudes son descendientes de las ocho personas que se salvaron en el arca. De la misma opinión es José de Acosta, quien reflexiona sobre el origen de ciertas fieras como leones, osos y tigres,

que no siendo verísimo que por mar pasasen en Indias, pues pasar a nado el Océano es imposible, y embarcarlos consigo hombres, es locura; síguese que por alguna parte donde el un orbe se continúa y avecina al otro, hayan penetrado, y poco a poco poblado aquel Mundo Nuevo. Pues conforme a la divina escritura, todos estos animales se salvaron en el arca de Noé, y de allí se han propagado en el mundo. (279)

Pero en muchos casos ni la Biblia, ni las obras zoológicas de Aristóteles, ni la *Historia natural* de Plinio, ni los monstruos de Mandavila fueron suficientes para clasificar a las nuevas criaturas de las Indias; de hecho, Fernández de Oviedo ya no se interesa por las historias extraordinarias que difundió Mandavila, que él califica de fábulas:

Desde allí fueron los españoles a Gilon, isla donde entendieron que había hombres con orejas luengas, en tanta manera que les llegaban a las espaldas. Y maravillados de oír tal cosa, supieron por relación de indios que no muy lejos de allí había otra isla, donde no solamente tenían grandes orejas, pero tan excesivas que cuando les era necesario, con una sola oreja se cobrían todo el cuerpo. Pero como nuestros españoles buscaban la espeçiería y no estas fábulas, siguieron su camino derecho a los Malucos. (1944, 164)

El exotismo de las nuevas tierras descubiertas rebasaba cualquier modelo tanto de autores sagrados como de gentiles, además de proporcionar curiosi-



dades a un lector ávido de noticias americanas. Todo lo nuevo era objeto de admiración; así, el tucán fue considerado como un ejemplar monstruoso por ser su pico más grande que todo el resto del cuerpo. Se hablaba de un pez extraño, el hoga, de colores variados y del tamaño de un ternero con bigotes, como un barbo, que se criaba “en la gran extensión del lago dulce, sobre el que está edificada sobre pilares, como Venecia, la gran ciudad de Themistitán, en el reino de Méjico” (Paré 106).

La novedad también suponía espanto y temor ante lo desconocido, los animales de las Indias se clasificaron no sólo por su físico, su pelaje, sus propiedades alimenticias o terapéuticas. Se vio en ellos la grandeza de Dios y de su creación, pero también el poder del demonio en las nuevas tierras. Los cronistas y viajeros debatían para dar una explicación coherente, casi siempre maniquea, al tratar de interpretar el mundo animal como maravillas de la creación de Dios o como engendros del diablo. Fernández de Oviedo tiene como propósito de escritura, explícito en el prólogo del Libro XII de su *Historia general y natural de las Indias*, dedicado a los animales, “dar muchas gracias a Dios, si el lector no fuere descuidado; pues que el leer no ha de ser para el gusto de leer o entender cosas nuevas, sino para alabar y mejor conocer al Criador e causa de todas ellas” (1944, 61).

Los animales del Nuevo Mundo, tanto imaginarios como reales, en muchas ocasiones fueron codificados moralmente a la manera de los bestiarios medievales por frailes y cronistas. De ese grandioso legado que hoy conocemos como las crónicas de América, tomaré sólo tres ejemplos que constituirán mi corpus para analizar la visión de los animales y de los monstruos americanos.

1. Gonzalo Fernández de Oviedo

El ya nombrado Gonzalo Fernández de Oviedo, eminente cronista de Indias y autor tan caro a nuestro homenajeado profesor Avalle-Arce, tanto en el *Sumario de la natural historia de las Indias* (1526) como en la *Historia General* (1535), se nos presenta como un gran naturalista y creador de un auténtico bestiario, que legitima en el prólogo del *Sumario* acudiendo a la autoridad de Plinio, en cuya historia, dirigida al emperador Vespasiano, tiene cabida lo que oyó, leyó y vio como testigo. En su *Historia General* también se refiere a Aristóteles, a Alberto Magno y a las *Etimologías* de san Isidoro, pero sobre todo se propone establecer un diálogo con Plinio, a quien dice que ayudará a escribir lo que él no supo que se hallaría en esta parte occidental de las Indias, y con el protonotario Pedro Mártir, para acusarlo de falso en varias ocasiones,



rebatirlo, corregirlo y, así, desengañar a los lectores de las opiniones de sus *Décadas*, porque “no pudo desde tan lejos escribir estas cosas tan al propio como son e la materia lo requiere; e los que le informaron, o no se lo supieron decir o él no lo supo entender” (1944, 72).

Con la superioridad que le da haber sido testigo de vista en algunos casos, en otros de oído y en otros dibujante de alguna especie e incluso haber comido o poseído algún ejemplar, Fernández de Oviedo plantea que las maravillas del mundo y las criaturas dependen de las provincias y constelaciones donde se crían; describe así a los animales americanos por semejanza y comparación con los europeos o con los consignados por autoridades antiguas; se fija en ciertas características físicas como el tamaño, el pelaje, la velocidad de su carrera, la mansedumbre o la fiereza; cuando no tiene referencias claras para animales exóticos como la iguana, el tlacuache o el armadillo, puede describirlos, como los híbridos de los bestiarios, a manera de un *collage*, desarmando sus partes y cotejándolas con otras de animales conocidos: el perico ligero, que es el perezoso, es de cara redonda como de lechuza, ojos pequeños y redondos y nariz como los de un mono, el pelaje como el de un tejón y su cualidad principal es que con su voz entona la escala musical (1950, 159). En la *Historia general* dice que él tuvo uno en su casa y como buen naturalista lo estuvo observando durante un mes y nunca lo vio comer, así es que deduce que se alimentaba de aire porque “no muerde ni puede, por ser tan chica la boca, ni es ponzoñoso, ni he visto hasta agora animal tan feo ni que parezca ser tan inútil que aqueste” (1944, 104). Otras veces afilia a los animales que él ha visto con los del bestiario medieval, por ejemplo, el gato monillo es como el grifo, del que se dice que tiene dos naturalezas, de águila y de león, y para ello acude a las *Etimologías* de San Isidoro, al *Levítico* y al *De proprietatibus rerum*, así puede garantizar que el animal que él describe no es menos maravilloso que el grifo, pues una mitad del cuerpo estaba cubierta de plumas y la otra de pelo; tenía dientes y cantaba como ruiseñor o calandria. Su admiración, sin embargo, no se queda ahí sino que trata de dar una explicación: “Algunos quieren decir que este animal debía nacer de adulterio o ayuntamiento de alguna ave con algún gato. [...] E yo soy de contrario parecer; y tengo opinión [...] que es especie sobre sí e natural, como lo son por sí los grifos” (1944, 151-52).

Finalmente, como suelen hacer otros cronistas, acaba alabando la grandeza de Dios por haber creado semejantes maravillas. El yo de Fernández de Oviedo, actor y testigo de los sucesos americanos, aflora también para contar alguna anécdota, trágica o graciosa, que a él le sucedió, como cuando le mordió un murciélago; o bien a conocidos suyos: a una india que trabajaba en su casa le picó una serpiente y después de tres días de echar agua amarilla por la

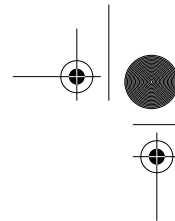


herida murió; al criado del gobernador Pedrarias Ávila, a quien unos gatos monillos o monos hirieron a pedradas y le rompieron los dientes, etc. Con estos cuentos logra el entretenimiento que además va de la mano de la enseñanza, y en esto se asemeja a los bestiarios medievales, en las moralejas o las parábolas que se pueden obtener de la comparación de los animales con los humanos: por ejemplo, de las gaviotas que intentan comerse a los peces voladores, dice que “este mismo peligro tienen los hombres en las cosas de esta vida mortal”, por tanto, deben “quitar los pensamientos del mundo, en que tan aparejados están los peligros, y los poner en la vida eterna, en que está la perpetua seguridad” (1950, 263).

De sabor medievalizante y sermonístico es también la alusión a los cojijos, los bichos como garrapatas y otros importunos animales que la naturaleza produce para molestar a los humanos y “darles a entender cuán pequeñas y viles cosas son bastantes para los ofender e inquietar, y que no se descuiden del oficio principal para que el hombre fue formado, que es conocer a su hacedor y procurar cómo se salven” (1950, 242). De los piojos nos da una noticia más curiosa, de gran divulgación en la época, a la que tampoco pudo resistirse Cervantes en la aventura de la barca encantada del Ebro, cuando don Quijote le dice a Sancho que se tiente el muslo en busca de piojos para ver si han pasado la línea equinoccial; el mismo Oviedo confiesa haberlo experimentado varias veces y es que navegando por el mar Océano, cuando “pasamos por la línea del diámetro, donde las agujas hacen la diferencia del nordestear o noroestear” (1950, 243), o sea, por las islas Azores, los piojos desaparecen de las cabezas y cuerpos de los cristianos, pero en el viaje de vuelta, reaparece la plaga en el mismo paraje.

A veces los bestiarios medievales le proporcionan a Fernández de Oviedo el elemento maravilloso, como cuando habla de la hiena, que tiene en los ojos una piedra que quien se la pone bajo la lengua posee el don de adivinar; también, del mismo modo que en los bestiarios, resalta la utilidad medicinal de ciertas partes de animales y alaba sus efectos a manera de un recetario: por ejemplo la piedra o hueso que los manatíes tienen en la cabeza es muy útil para el mal de la ijada, se extrae de entre los sesos y el meollo del animal, se quema y se muele y el polvo se toma con vino blanco durante tres o cuatro mañanas, en ayunas, hasta que cesa el dolor (1950, 260). Este manatí, el mamífero con pechos, que grita y pare como mujer y al que Fernández de Oviedo compara con un odre de vino de los de Medina del Campo, fue el animal real americano en el que se transformaron las clásicas sirenas.

Espejismos de navegantes, reencarnaciones del deseo, la voluptuosidad, la lujuria y la muerte, ninfas diabólicamente seductoras, demonios o monstruos letales, las sirenas dejaron de ser en América la alucinación de nautas fatiga-

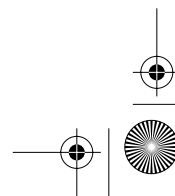
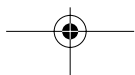


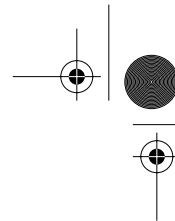
dos. Su lisonjero canto no sedujo a los descubridores con promesas y ofertas de un conocimiento ilimitado, pero su búsqueda les permitió conocer la existencia y utilidad de un nuevo animal, si no tan bello como ellas, al menos abundante en carnes y grasa, dotado de leche materna y con propiedades terapéuticas: sus huesos molidos y bebidos con vino eran provechosos para el mal de orina, como recetaba Fernández de Oviedo. El manatí, ese animal gordo como una vaca marina que paca la hierba en las riberas de los ríos, con pezuñas de elefante, cuero en lugar de escamas y un sabor entre ternera y atún, es el símbolo de la decadencia de un poderoso mito que se remonta a la antigüedad grecolatina y cuya difusión formó parte del discurso de evangelización colonial (Báez 144). Con el descubrimiento de este animal y la extinción de las sirenas se resquebrajó el mundo clásico y las autoridades antiguas se pusieron en duda.

2. Pedro Cieza de León

Del vasto espacio que recorrió por América del Sur durante los quince años que vivió en las Indias, Pedro Cieza de León –otro de nuestros cronistas– rescata también un variado bestiario en su *Crónica del Perú* (1553). El peligro, la necesidad, la curiosidad y la utilidad son las categorías que nos permitirían englobar a los animales que él conoce. Con frecuencia se refiere a animales peligrosos como los caimanes, que han comido a los españoles al pasar los ríos; los tigres, que matan a los indios y al ganado, pero también a los animales de aspecto fiero que pueden tener sabor exquisito: la iguana que, como el manatí, dio qué pensar y discutir a los conquistadores, cronistas y evangelizadores, pues su sabor no podía determinarse si se semejaba a carne o pescado. Por las montañas de Antioquia, en la actual Colombia, dice que hay leones, tigres y osos “crescidos”; y entre los espesos cañaverales, cerca de Cartago, un curioso animal, la chucha, parecido a una zorra, que puede recoger con toda rapidez a sus siete hijos, guardarlos en una bolsa de su barriga y huir de algún cazador. También despierta su curiosidad la raposa, muy amiga de hurtarles a los españoles “los látigos de las cinchas de los caballos o las riendas de los frenos” (263). La utilidad de la nueva naturaleza, siempre latente en las crónicas de América, la encuentra Cieza en las ovejas del Perú, las viscachas, de cuyos pelos o lanas se aprovechan los naturales para hacer sus ropas y mantas, tan blandas y suaves que parecen de seda.

Su espectro, en cuanto al reino animal, es tan variado que puede describir desde una cacería real del Inca de guanacos, raposas y vicuñas, hasta la fabricación de una hierba ponzoñosa de los indios de Cartagena y Santa Marta





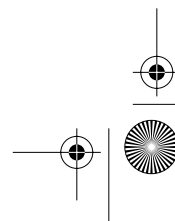
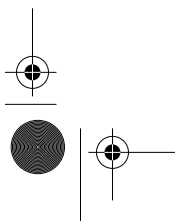
con animales repelentes que nos recuerdan el caldero y los brebajes de las brujas: a unas raíces cortas de un árbol pestífero llamado manzanillo, le mezclan hormigas negras y grandes como un escarabajo, arañas muy grandes, gusanos peludos, “las alas del morciélago y la cabeza y cola de un pescado pequeño que hay en el mar, que ha por nombre peje tamborino, de muy gran ponzoña, y con sapos y colas de culebras” (91).

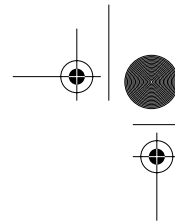
En las zonas inhóspitas de las montañas inexpugnables de los Andes coloca toda suerte de animales que él no ha visto, pero dice que puede ser verdad lo que se oye que hay en ellas: “osos, tigres, leones, dantas, puercos y gaticos pintados, con otras salvajinas muchas y que son de ver” (330). En los espacios lejanos e ignotos brota también la maravilla y la leyenda, hay culebras tan grandes como una viga y, sin embargo, son mansas porque una vieja encantadora subió a los Andes a adormecerlas para que no hiciesen mal. Por último, le admiran las auras, que son aves carroñeras y hediondas y otras de su linaje, para cuya descripción no podía faltar la referencia maravillosa: “Del linaje de éstas hay unos cóndores grandísimos, que casi parecen grifos; algunos acometen a los corderos y guanacos pequeños de los campos” (368).

Pero sobre todo, los animales son también representaciones del demonio en esas tierras en las que ha extendido su señorío este antagonista de Dios. El diablo, que en su lengua se llama *guaca*, se les aparece en “figura de tigre, muy fiero” (99); a veces para representarlo escogen figuras de gatos, o se metamorfosea en auras hediondas para tentar al cacique Tamaracunga, a quien, cuando trataba de bautizarse cristiano, lo llevaban por los aires para despeñarlo dándole alaridos y silbidos “y en el rostro le echaban saliva podrida y hedionda” (380). También se manifiesta antropomórficamente en forma de indio y copula con monas, de tal manera que engendraban y

parían monstruos que tenían las cabezas y miembros deshonestos como hombres y las manos y pies como mona; son, según dicen, de pequeños cuerpos y de talle monstruoso, y vellosos. En fin, parecerán (si es verdad que los hay) al demonio, su padre. Dicen más: que no tienen habla sino un aullido o gemido temeroso. (331)

También son dignas de relatarse las mitologías locales como la de los gigantes de Santa Elena, descritos como monstruos por su enorme cabeza y su cabellera larga que llegaba hasta la espalda, los ojos como platos y los vestidos, como los de los hombres salvajes, eran de pieles de animales. Por el pecado de la sodomía, que tan reiteradamente acusa Cieza en su *Crónica*, a estos gigantes les sobreviene un castigo divino y un enviado celestial los mata con su espada de fuego, interpretación de claras reminiscencias bíblicas.



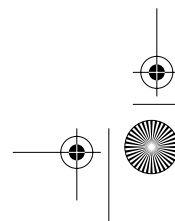
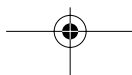
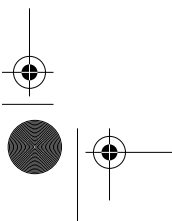


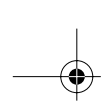
3. Pedro Ordóñez de Ceballos

De estos portentos, que podríamos calificar como humanidad monstruosa o en una etapa bestial de su desarrollo, nos habla también un viajero español del siglo XVI, Pedro Ordóñez de Ceballos, en su obra *Viaje del mundo* (Madrid, 1614).¹ Una de sus vivencias maravillosas más interesantes es sobre un monstruo humano, una mujer “salvaje”: el cuerpo profusamente velludo, la piel como la de un oso o la de un lobo y la cabellera extremadamente larga. Aunque su tamaño era más o menos semejante a la talla humana, se dice que sus miembros eran descomunales, con lo cual también coincide con los hombres salvajes, que aparecían frecuentemente representados con apariencia gigantesca. Los salvajes medievales solían ser blancos, barbados, de piel clara, labios delgados y nariz estrecha, es decir, eran inconfundiblemente europeos, como el que se esculpió en la Casa de los Montejo en Mérida. En cambio, ésta era india muy velluda y de nariz chata y grande, rasgo que según Ordóñez es muy raro en los indios. Se supone que está desnuda y que sólo el vello cubre su cuerpo, pues nos da detalles de los pechos, los pezones, la barriga, los brazos y piernas y un apéndice animal, la cola. Sus rasgos femeninos se hiperbolizan y se masculinizan en rasgos de hombres gordos, fieros, de los negros más feos de Etiopía o bien se comparan con animales (los ojos como carneros de la tierra, o sea, las llamas) y con otros que a Ordóñez le parecen descomunales y monstruosos: el águila de Cochinchina o una ballena. La vellosidad, el color oscuro de la piel y la animalidad son entonces símbolos del mal.

Este viajero protagonista y narrador ostenta una mirada colonizadora, “desde arriba” y el sujeto, el otro, la mujer salvaje, no es más que un objeto de conocimiento (Pierini 163) del que hay que apropiarse, por eso trata de comprarla para llevarla a España como un fenómeno de mucha estima: “era pieza para rey”, dice Ordóñez.

Es un rasgo peculiar de los viajeros que ante la vista de estos monstruos, como lo hace también Cieza de León, se piense inmediatamente en la divina Providencia, porque como había dicho san Agustín: “los monstruos eran un mensaje, una prueba de la fuerza divina sobre los cuerpos naturales” (Bartra 84). Volviendo al retrato de la prodigiosa mujer, Ordóñez acaba así su mensaje: “Sea alabada en todo la divina sabiduría”. Aunque muchos de ellos piensan que no descienden de Adán y que no tienen alma, pero que tampoco son animales –como cree Paracelso– sino que “pertenecen a un mundo maravilloso donde las cosas ocurren en una dimensión distinta a la humana” (Bartra 100). Ordóñez nos da una explicación racional de su monstruo alegando que es fama, o sea, se sabe de oídas, que la parió una osa que habría copulado con





algún indio, por lo tanto, su naturaleza estaría a caballo entre la humana y la animal y no hay duda, para estos cronistas y viajeros en que en semejantes cópulas siempre está presente la tentación o la intervención del demonio.

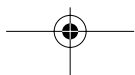
Ordóñez, que ha sido un viajero incansable durante 39 años y llegó a dar una vez la vuelta al mundo, sabe que las cosas extraordinarias que ha visto no serán fácilmente creídas, pues es opinión común que el viaje sea sinónimo de patraña: “suelen decir que de longas vías se suelen decir grandes mentiras”, pero él insiste en contarlas para que además de servir de desengaño y entretenimiento, sean “para que se vean cuán grandes son las maravillas de Dios” (Ordóñez 453). Recrea también un interesante bestiario de animales exóticos: pájaros, cuyos graznidos son voces que “parecen puramente de persona y que hablan en castellano” y hacen que las personas pierdan el camino “y unos dar en pantanos, otros en los cimarrones y en otras desgracias en que han perecido” (75); antas (tapires) que cuando están en celo, hacen “ruido de gente”; el pez espada al que llama “el alguacil del mar” y fieras de toda índole como una que vio en Cochinchina en las leoneras del emperador

que era la cabeza y cara, hasta los pechos, de mujer, y lo demás de escorpión; tenía tres brazos de largo y llamábanlo marichas; dicese que la trajeron de las montañas de los Laos, de la provincia de Langoma, y que hay muchas. Consideré que el demonio, cuando engañó a nuestra madre Eva, fue en esta forma, y tengo para mí que por allí cerca debe estar el paraíso terrenal. (458-59)

Buen discípulo de la patrística y la misoginia medieval, los dos únicos monstruos que se detiene en describir Ordóñez son mujeres: la india caudada y este monstruo llamado marichas, sin olvidarse de la presencia del diablo en ambos discursos. Casi todos los monstruos considerados demonológicos son seres mixtos de parte humana femenina y parte animal como las esfinges griegas, las harpías, las furias clásicas, las gorgonas, las mujeres-serpientes –como Melusina– y las sirenas, que además de símbolos maléficos son también encarnaciones de la lujuria en la Edad Media (Rodilla León).

Los animales del Mundo Nuevo pueden ser criaturas maravillosas dotadas de cualidades y poderes curativos, un alimento exquisito y aptas para fabricar vestimentas y utensilios. Su presencia en esas tierras provoca la alabanza a la providencia divina, pero también pueden ser demonios o ídolos, monstruos o engendros diabólicos; en suma, el símbolo del mal y del señorío que el diablo tiene en las nuevas tierras.

Esta necesidad de los cronistas, frailes, viajeros y exploradores por describir plantas, animales, climas y paisajes de las nuevas tierras también atrae y contagia a los investigadores de nuestros días. Hay dos antologías de animales imaginarios y reales, publicadas en México, que no quiero dejar de mencio-





nar aquí: el *Bestiario mexicano* de Roldán Peniche, bestiario de horrores y espantos que abarca no sólo animales sino también criaturas monstruosas, visiones y prodigios: seres bicéfalos, un pájaro con un espejo en la cabeza, la abominable diosa Tlaltecutli, que tenía más ojos que Argos, Cihuacoatl, la mujer culebra, y otros seres fabulosos de raíces eminentemente indígenas: el *Popol Vuh* y el *Chilam Balam de Chumayel*. El otro libro es el *Bestiario de Indias*, de Marco Antonio Urdapilleta, quien elige el seudónimo de fray Rodrigo de Macuspana para convertirse a sí mismo en un extasiado cronista, un *alter-ego* de Fernández de Oviedo, como él mismo se considera, y establecer un juego con el lector. Esta atracción por extraer y seleccionar esos pasajes de las criaturas de América que provocaron la admiración de los cronistas la sintió años antes también el peruano José Durand, cuya bellísima y pionera obra, *Ocaso de sirenas, esplendor de manatíes*, nos deleita con la última aventura de las sirenas cuando a Felipe II le llevaron, procedentes de las Indias, tres sátiros: dos machos, uno viejo, otro joven y una sátiresa, una sirena muerta y otras extrañas figuras de animales. Las penúltimas sirenas las había visto Colón en su viaje de regreso en 1493 y decía que se elevaban mucho en el agua y que no eran tan bellas, sino que más bien tenían caras de hombres. Se dijo más tarde que lo que vio Colón cerca de las costas de Santo Domingo fueron tres manatíes; y la última sirena fue, tal vez, una manatina joven que “debió sobrevivir la travesía del Atlántico, tortura interminable para ella, no hecha a encierros, ni a pacer yerbas extrañas, ni a tanto mirar el mar desde la borda” (Durand 105). Con la muerte de esta nueva Parténope, sirena indiana o manatina, culmina la época dorada de los viajes y descubrimientos, pero la invención y el sueño prevalecerán siempre y otros seres imaginarios seguirán llenando páginas de nuevos bestiarios o manuales de zoología fantástica y poblarán también los espacios virtuales.

NOTAS

1. Después de entregar este artículo, tuve conocimiento de dos trabajos de Zugasti (2003 y 2005) que no he podido consultar, a los cuales remito para recabar noticias bio-bibliográficas sobre Ordóñez de Ceballos. Asimismo, en un trabajo mío dediqué un espacio a las formas de viaje que realiza el narrador viajero Ordóñez: militar, espiritual, comercial y maravilloso (99-114).



OBRAS CITADAS

- Acosta, José de. *Historia natural y moral de las Indias*. 1535. Ed. José Alcina Frank. Crónicas de América, 43. Madrid: Dastin, 2002.
- Báez-Jorge, Félix. *Las voces del agua*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1992.
- Bartra, Roger. *El salvaje en el espejo*. México: Era, 1992.
- Bestiario de Indias*. Antología de Marco Antonio Urdapilleta. Toluca: UAEM, 2002.
- Cieza de León, Pedro. *La crónica del Perú*. 1533. Ed. Manuel Ballesteros. Crónicas de América, 5. Madrid: Dastin, 2000.
- Durand, José. *Ocaso de sirenas, esplendor de manatíes*. 2ª ed. México: FCE, 1983.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Sumario de la natural historia de las Indias*. 1526. Ed. José Miranda. México: FCE, 1950.
- . *Historia General y Natural de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano*. 1535. Asunción: Guaranía, 1944.
- Mandavila, Juan de. *Libro de las maravillas del mundo*. Ed. Gonzalo Santoja. Madrid: Visor, 1984.
- Ordóñez de Ceballos, Pedro. *Viaje del mundo*. 1614. Madrid: Miraguano-Polifemo, 1992.
- Paré, Ambroise. *Monstruos y prodigios*. Ed. Ignacio Malaxecheverría. Madrid: Siruela, 1987.
- Peniche, Roldán. *Bestiario mexicano*. México: Panorama Editorial, 1987.
- Pierini, Margarita. "La mirada y el discurso: la literatura de viajes". *América Latina: palabra, literatura e cultura*. Ed. Ana Pizarro. Sao Paulo: Memorial, Campinas, UNICAMP, 1994. 163-83.
- Rodilla León, María José. *Escrito en los virreinos*. México: UNAM, Estudios de Cultura Literaria Novohispana 21, 2004.
- Weckmann, Luis. *La herencia medieval de México*. 2 vols. México: El Colegio de México, 1983.
- Zugasti, Miguel. "El *Viaje del mundo* (1614) de Pedro Ordóñez de Ceballos o cómo modelar una autobiografía épica". *Iberoromania* 58 (2003): 83-119.
- . "Épica, soldadesca y autobiografía en el *Viaje del mundo* (1614), de Pedro Ordóñez de Ceballos". *Actas del Congreso "El Siglo de Oro en el nuevo milenio"*. Ed. Carlos Mata y Miguel Zugasti. Vol. 2. Pamplona: Eunsa, 2005. 1781-1812.

